

pre a morir. Sois, como lo que simbolizáis, la última esperanza de nosotros, los autócratas.

Iván II, llamado El Terrible, zar de todas las Rusias

21 de enero de 1968

LA ENEMIGA DEL TIEMPO

Sra. Amparo Rivelles
Teatro de los Insurgentes

Mi pequeña:

Permíteme que te diga así, mi pequeña, porque fui amigo de tu madre, y de tu padre, y hasta de tu abuelo, y permíteme también tutearte porque para mí, a pesar de que ahora goces de una merecida reputación como primerísima actriz, sigues siendo la pequeña y adorable hija de Fernanda Ladrón de Guevara, mi inolvidable amiga, que tantas veces interpretó maravillosamente a esa Ana de Bernois, mi personaje de la comedia dramática que titulé *La enemiga*, y que obtuvo un triunfo casi mundial durante muchas décadas. Sé que en la actualidad mi obra se ha convertido en una enemiga del tiempo, porque ya no encaja dentro de los cánones del teatro moderno. No creas que me conduelo por ello, porque sé, y perdóname la vanidad, que es una obra muy bien escrita, muy bien construida dramáticamente hablando, y con una fuerza interior y exterior que hizo llorar a miles de mujeres y a muchos caballeros también. Me cabe la satisfacción de que aún ahora, en pleno 1968, no han faltado señoras —no solamente ancianas— que han vuelto a derramar lágrimas de ternura y de dolor al ver el sufrimiento de mi Ana y de mi Roberto. Sin embargo, estoy plenamente consciente de que *La enemiga* está dentro del género que si bien en estos días se menosprecia y es objeto de burla, tuvo su gran época y fue un género tan importante como es hoy . . . , digamos, la comedia musical de Broadway;

me refiero al melodrama. Ya lo dijo en una ocasión, en este mismo espacio, don José Echegaray: “No hay nada peor que pertenecer al pasado inmediato.” Pero, como él, estoy tranquilo acá en el cielo en espera de que el melodrama sea reivindicado; y lo será, estoy seguro.

Pero si yo, que soy el autor, el padre de la criatura, estoy contento de que *La enemiga* sea un melodrama, y así lo escribí, y así lo representaron Mimí Aguglia y María Guerrero (quien me lo estrenó en España en 1916), y todas las grandes actrices españolas y americanas, como la adorable Virginia Fábregas y la no menos enorme actriz María Teresa Montoya, ¿por qué tu director escénico, don Jesús Valero, de quien tengo las mejores referencias como un hombre culto en lides teatrales, y tú misma, y los demás actores que han resucitado mi “culebrón”, le han tenido miedo? Quiero decir, ¿por qué no han representado *La enemiga* como lo que es? Les agradezco en todo lo que vale el que hayan intentado representarla “a la moderna” para evitar burlas de un público no familiarizado con el género, pero de este modo mi melodrama pierde fuerza. Ana de Bernois no puede ser una mujer contenida: tiene que gritar su angustia con toda la fuerza de sus pulmones, y en la escena del segundo acto (la mejor de todas) le está permitido todo lo que permite el melodrama, es decir, gritar, arrastrarse, mesarse los cabellos, desgarrarse las vestiduras, “colgarse de las cortinas”, todo, todo. Así lo hicieron la Aguglia y la Guerrero, la Fábregas y la Montoya, y puedo asegurarte que electrizaron a los espectadores, los hicieron guardar un respetuoso silencio (que en la noche del estreno en el Insurgentes no se guardó en ningún momento, pues no sé si por la epidemia de gripe que hay en México, o porque no les interesaba lo que sucedía en el escenario, el teatro se convirtió en un concierto de toses bastante molesto para mí y para ustedes los actores).

Mi querida Amparo, tú eres una primera actriz con un enorme talento, y lo has demostrado casi siempre; demuéstalo también en mi obra, no le temas, no te arredres, porque entonces no estás interpretando un melodrama, y ya dije muchas veces que *La enemiga* lo es, quizás uno de los mejores que se escribieron. No quiero decirte que estés mal, porque tú no podrás estarlo ja-

más; pero sí te pido mayor fuerza interpretativa. No te quedes en mi obra en la estupenda actriz dramática que eres: tienes que ser, allí, una actriz trágica. Verás cómo entonces nadie tose ni se acomoda en los asientos, por más epidemias que existan.

El Roberto me desilusionó por completo. El joven Enrique Aguilar no le tuvo miedo al personaje: le tuvo pavor, y jamás se lanzó a alcanzar la altura que debe tener, para ser una justa réplica de la Ana. Fue su actuación tan gris como una nube de verano (perdona si caigo en lo que ahora se llama cursilería del lenguaje). Sin embargo, Alicia Montoya me complació sobremanera, desde su manera de actuar hasta su manera de vestir, y mira que aún no tiene la edad adecuada para encarnar a la condesa. Las jovencitas Andrea Cotto y Emilia Carranza, muy mal en tonos, en actitudes y, sobre todo, en vestuario. La segunda llevaba un vestido igual al decorado, cosa que ni en mis tiempos se permitía. En cambio, muy bien Fernando Mendoza y Alberto Galán, que fueron los únicos que se acercaron al melodrama.

Ojalá atiendas los consejos que te da este espíritu inquieto que se pasea, porque no puede dejar de hacerlo, por todos los teatros del mundo, y entonces tu actuación será magistral, porque tienes las dotes necesarias para que lo sea. Gracias mil veces por revivir mi vieja pieza, porque es como un homenaje que les haces a las actrices que la interpretaron durante los últimos cincuenta años, y gracias también por ese rasgo tuyo lleno de generosidad, de amor por el teatro, de ternura, al pedir un aplauso para la última de las grandes actrices que hicieron *La enemiga* en auténtico melodrama: María Teresa Montoya.

Recibe el cariño paternal y espiritual de este viejo dramaturgo que te admira y te quiere.

Darío Nicodemi

28 de enero de 1968